

Orquídeas: crimen y castigo

Aldemaro Romero Díaz

Pocas familias de plantas son comparables a las orquídeas en belleza, variedad e interés científico.

Distribuidas por todo el mundo, en Venezuela el botánico Dunstville llegó a catalogar más de mil especies. Algunas son tan pequeñas que sólo pueden ser observadas utilizando un microscopio de disección. La orquídea más pequeña del mundo se encuentra en Venezuela: su flor es más pequeña que la cabeza de un fósforo.

Buena parte de nuestras orquídeas son lo que se conoce con el nombre de especies endémicas, es decir, especies cuya localización geográfica es muy restringida. Así, por ejemplo, en los Andes, Guayana y hasta en la isla de Margarita se encuentran orquídeas endémicas.

Sin embargo, son estas mismas propiedades estéticas y biológicas las que están conduciendo poco a poco su destrucción. Coleccionistas inescrupulosos ávidos de estas bellezas han llegado a devastar de orquídeas áreas enteras. Varias son ya las especies de estas plantas que han desaparecido en Australia e India, y hay algunas que se han salvado al mantenerse en invernaderos.

En la biblioteca del Congreso, en Washington, una vez encontré un libro titulado *The Orchid Hunters* (Cazadores de Orquídeas), en el cual el autor hablaba alegremente de cómo sacaba de Venezuela en los años 30 aviones cargados de estas plantas.

Puede ser que hoy dicho tráfico ilegal no sea tan descarado, pero sin embargo, la recolección ilegal de orquídeas continúa incensantemente. Muchos lo hacen para venderlas en los mercados europeos y norteamericanos; otros para su "disfrute" en el balcón de su casa en ciudades como Caracas o Maracaibo. No queda duda que los primeros deben ser castigados por la ley, pero los segundos deberían ser educados.

Hay que tener en cuenta que la inmensa mayor parte de especies de orquídeas necesitan condiciones muy particulares para sobrevivir: luz, humedad, sustrato y otros factores se combinan para crear lo que se ha dado en llamar "microhábitats", hábitats tan peculiares y restringidos que hacen que las plantas que evolucionan en los mismos sean altamente especializadas y, por consiguiente, incapaces de sobrevivir en cualquier otra parte. Por ello, cuando dichas plantas son trasladadas al clima radicalmente distinto de nuestras grandes ciudades, mueren inexorablemente al poco tiempo.

El botánico venezolano Julián Steyermark hace ya tiempo que presentó una lista de las especies de orquídeas y otras plantas venezolanas que debido a la recolección inescrupulosa y destrucción del hábitat donde viven están en peligro de extinción; sin embargo, poco se ha hecho para asegurarnos que nuestras especies no desaparecerán algún día. Inadecuada protección de nuestros parques nacionales y reservas de vida silvestre, así como también un entrenamiento muy escaso en este tema por parte de las fuerzas del orden público encargadas de detectar estos crímenes ecológicos y arrestar a los autores de los mismos, deja el campo abierto a múltiples incertidumbres.

Ya va siendo hora que demos que si la educación no previene el crimen, entonces el castigo tiene que prevalecer.